

Campo intencional y campo kinestésico como campo dual¹

Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina

La “intencionalidad” fue la consigna con la que la fenomenología inició la revolución de la filosofía a principios del siglo pasado. La fenomenología se enfrentó al *naturalismo* positivista que, en connivencia con el simétrico exceso metafísico, habían definido la situación de la filosofía finisecular. Husserl frenó las interpretaciones naturalistas de lo humano y, al hacerlo, abrió el campo intencional.

El término acuñado para definir ese freno del naturalismo fue el de *epokhê*. El verbo *epékhein* significa “suspender”, “retener” pero no anular. El proceso de *epokhê*, de suspensión por detención del proceso natural, no anuló lo natural, pero lo detuvo e invirtió, y en esa inversión que pronto se convirtió en el programa de la *reducción*, se abrió el *campo intencional*. Esa detención, inversión y reducción suponía la renuncia a la actitud natural de considerar la realidad natural como algo dado *en-sí*, prescindiendo de la trastienda operatoria sin la que la realidad es muda.

Pero este descubrimiento de la intencionalidad llevaba aparejado un precio que Husserl no acertó a pagar: el reconocimiento de la *escisión de la eidética y la intencionalidad*, la aceptación de su origen diferenciado, de su inconmensurabilidad y de su posterior colaboración. En efecto, la fenomenología de Husserl, pese a su esfuerzo gigantesco por descifrar el campo intencional, tropezó con inmensos obstáculos porque, en su obsesión por asociar reducción fenomenológica y reducción eidética, los esfuerzos por explorar el campo intencional resultaron infructuosos. Si la fenomenología tenía que ser una ciencia, el campo intencional resultaba plano. Sólo admitiendo la escisión de eidética e intencionalidad, cabía la posibilidad de que el campo intencional abriera todas sus riquezas operatorias.

En la llamada “década prodigiosa” (el primer decenio del siglo), Husserl trabajó en dos frentes que van a dar lugar a dos grandes divisiones del campo de la intencionalidad.

¹ Texto de la ponencia expuesta por el autor en la quinta sesión del curso sobre "Fenomenología de la corporeidad", llevado a cabo en la sede del Instituto de Filosofía del CSIC, el día 3 de Marzo del año 2015

En el primer frente, va a aparecer una estructura intencional abstracta y, en el segundo frente, una estructura intencional concreta. En la correlación intencional abstracta, hay sujetos que operan sobre unos contenidos para dar lugar a síntesis. Y se reconoce que este vector intencional (operaciones-contenidos-síntesis) tiene una *dirección*, que viene dada por algún significado, por alguna significatividad. Si no hay un sentido significativo, las operaciones carecen de la *dirección* que encamina las operaciones hacia las síntesis pretendidas. Pero es evidente que esto no basta. Esta estructura de correlación intencional es abstracta porque está muerta. No basta la “animación” significativa, hace falta energía, fuerza, además de dirección. Y esa fuerza no existe todavía porque el sujeto de las operaciones es incorpóreo, angélico. Es el reproche que, durante mucho tiempo, se hizo a la fenomenología: la conciencia intencional no funciona porque “no tiene manos”. Al igual que se decía de los primeros iconos bizantinos que eran orgullosamente *akheiropoiétá*, hechos sin manos por espíritus angélicos, una subjetividad operatoria fenomenológica abstracta es una conciencia sin manos, inoperante.

Pero este reproche no tenía en cuenta que Husserl, al tiempo que establecía el mecanismo de la animación significativa de la correlación intencional, reconocía la necesidad de una fuerza operatoria concreta, que sólo podía venir de un *sujeto kinestésico*, de una conciencia corpórea. Podríamos decir que, así, *el Logos se hacía carne*, como en un contexto teológico leemos al comienzo del evangelio de San Juan: *Kaì ho Lógos sàrks egéneto* (Juan 1, 14), “Y aquel verbo fue hecho carne”, en la antigua versión de Cipriano de Valera. El sujeto de la correlación intencional será, así, en este segundo frente, un sujeto corpóreo, con manos y pies, un cuerpo vivo, *Leibkörper*.

Resulta, de este modo, que el campo intencional aparece doblado en un campo propiamente intencional y un campo kinestésico. Campo intencional y campo kinestésico se manifiestan como dos campos conjugados. La conjugación de campos es un fenómeno que se da en muchos ámbitos. Pongamos el ejemplo más claro, tomado de las matemáticas. Antes del despliegue de los números complejos en lo que se llama un campo de Wessel, los números reales se representaban en una recta; pero, la admisión, por necesidades algebraicas, de los números imaginarios hace que esa recta real despliegue, a su derecha y a su izquierda, dos campos de números complejos. Son dos campos estrictamente conjugados. A cualquier punto o vector de uno de los campos, le corresponde el mismo punto o vector negativo en el otro. Así podemos escribir: $z = x + iy$, y también $z^* = x - iy$, en coordenadas habituales; o bien

$z = r \cdot e^{i\theta}$, y también $z^* = r \cdot e^{-i\theta}$, en coordenadas polares. En este campo dual formal la conjugación es perfecta y la multiplicación de los dos campos, en las últimas fórmulas, da el cuadrado del módulo r , que es un número real.

El campo dual formal de los números complejos es, pues, un campo dual con conjugación exacta; es un campo dual eidético que nos puede servir de contraste para analizar el campo dual intencional-kinestésico. Las diferencias son evidentes. El campo dual eidético es formal; el campo dual intencional es material. La conjugación de los elementos del campo dual eidético es exacta; la conjugación de los elementos del campo dual intencional es aproximada. En el caso eidético, la conjugación es también uniforme; en el campo dual intencional, la conjugación está escalonada, de manera que, en su zona superior, los subcampos intencional y kinestésico están totalmente desajustados, es decir, las sensaciones que son contenidos de la intencionalidad, las *darstellende Empfindungen*, no se corresponden de modo ajustado con las sensaciones kinestésicas (aunque, evidentemente, haya una íntima asociación). En cambio, en la zona inferior del campo intencional dual, en la zona objetiva, el ajuste en la correspondencia de los dos tipos de sensaciones es mucho mayor. Y, por último, mientras que los campos conjugados del campo dual eidético son simétricos, conmutativos, en el caso del campo intencional dual, el orden importa y no hay simetría ni conmutación.

11

Todas estas diferencias provienen de la diversidad del punto de partida que existe entre el campo intencional, en el que las correlaciones intencionales están sólo orientadas significativamente pero no tienen ni fuerza ni energía, y el campo kinestésico, que es un campo energético. La intencionalidad sin kinestesias es abstracta porque no asume el tiempo. El análisis meramente intencional es correcto cuando establece intemporalmente que hay sujetos operatorios que elaboran contenidos de sensación y, de modo orientado, por animación significativa, producen síntesis trascendentes. Pero tal dispositivo, al excluir el devenir temporal, no explica la menor posibilidad de que se produzca realmente tal síntesis. Se requiere la reiteración temporal de las operaciones, y eso implica que el sujeto operatorio sea corpóreo, con sensaciones kinestésicas asociadas íntimamente a las sensaciones de “exposición”. Sólo en tal caso, el esquema explicativo será *funcional*, sólo entonces, la correlación intencional será una verdadera función en la que las operaciones de sujetos corpóreos, que han conseguido asociar sensaciones *hyléticas* y sensaciones *kinestésicas*, están

MAYO
2015

en disposición de conseguir síntesis trascendentes de muy diverso tipo, según el análisis escalonado del campo.

Tal análisis es, evidentemente, fenomenológico porque no se da por supuesta ninguna síntesis real como ya *dada*, de modo natural. Se está describiendo la *constitución* de las unidades sintéticas; lo que significa que las funciones intencionales constitutivas del campo dual intencional-kinestésico son funciones *últimas* que no remiten a nada previo. Este carácter de “último” en el análisis es patente tanto en las sensaciones hyléticas como en las sensaciones kinestésicas. Las sensaciones hyléticas son el contacto último con la realidad, son previas a toda síntesis, *pero no son inmanentes*; las sensaciones kinestésicas son constitutivas del cuerpo (*Leib*) y están localizadas en él, *pero son irreductibles a la fisiología*.

Toda la cuestión radica en el enlace asociativo entre lo hylético y lo kinestésico para configurar el fondo del campo dual intencional. En el cuerpo interno (*Leib*) confluyen los datos últimos de las sensaciones por las que se manifiestan las cosas y las sensaciones por las que se constituye el propio sujeto corpóreo, la conciencia incorporada. Lo que sólo puede ocurrir en el despliegue temporal completo en el que se aúnan las dos mitades del campo dual.

Las sensaciones kinestésicas se despliegan necesariamente en el tiempo e “imponen” ese despliegue a las sensaciones hyléticas que, de otro modo, permanecerían inertes. En esta imposición kinestésica radica la asimetría del campo dual no conmutativo. Es el campo kinestésico el que “amplía” energéticamente (fuerza y tiempo) el campo intencional de las meras correlaciones con dirección. Y es entonces cuando las correlaciones intencionales del campo dual, ya plenamente operativas y funcionales, se estratifican en niveles.

Este “dominio” de lo kinestésico sobre lo hylético es lo que Husserl denominó la “libertad kinestésica del yo puedo”. La libertad kinestésica significa que la operación de síntesis a partir de bases hyléticas de sensación está dirigida por intereses *motivados*, y que es en función de tales motivaciones kinestésicas por las que las apariciones de objetividades sintéticas se van configurando de un modo “óptimo”.

Las kinestesis se organizan en sistemas kinestésicos que se van superponiendo y convirtiendo en habituales. El “misterio” está en esa conexión última de las motivaciones kinestésicas y de los datos hyléticos, también últimos, de sensación. Como el campo dual está

escalonado, tal asociación no es uniforme, y la capacidad de manifestación sintética está condicionada por la capacidad de efectuación kinestésica, que es la que motiva la índole de las síntesis que se manifiestan.

En resumen, la asociación del subcampo intencional y del subcampo kinestésico da lugar a un campo dual, verdaderamente *funcional*. Todo deriva de la asociación fáctica, profunda, entre sensaciones hyléticas y sensaciones kinestésicas. Las intenciones exponen sin motivo, las kinestesias motivan sin exposición. Su conexión no puede ser esencial, sino tan sólo un hecho definitivo. Ello hace que, aunque la organización de cada parte, la intencional y la kinestésica, por separado, sea férrea, su conexión sea variable y, en ocasiones, laxa; variable en función de las diversas correlaciones intencionales que se superponen en el campo dual. Se va pasando de la “libertad kinestésica”, que es evidente en la parte “superior” del campo (que después llamaremos el territorio de lo *transposable*), al ajuste kinestésico, casi mecánico, del territorio “inferior”, mucho más reglado, el territorio de lo *posible*.

En todo caso, es el “predominio” o la “iniciativa” de la mitad kinestésica sobre la mitad intencional lo que da lugar a los diversos tipos de síntesis, a los diversos niveles de correlación intencional. Y, sobre todo, es la asunción de la pálida conciencia intencional y sus actos por la corpórea subjetividad kinestésica y sus operaciones lo que establece que las correlaciones intencionales sean verdaderamente “funcionales”. Más adelante, procederé a cambiar la condición de la palabra “funcional” que pasará de ser un adjetivo a ser un sustantivo, como se ha hecho en las matemáticas contemporáneas. Las correlaciones intencionales del campo dual no serán sólo funcionales sino que serán “las funcionales”. Lo que, a su vez, exigirá unos “operadores lineales” del campo para discriminar tales “funcionales”.

La siguiente tarea evidente que se presentaba Husserl después de realizado el ajuste “vertical” del campo dual intencional fue acometer la indagación de su estructura horizontal. Había privilegiado el estrato inferior donde las correlaciones intencionales dan lugar a percepciones de objetos. Las percepciones de objetos o apercepciones perceptivas habían constituido para él el modelo epistemológico sobre el que había asentado el esquema de la intencionalidad, la constitución operativa de síntesis trascendentes. Es, como se sabe, un análisis que Husserl repetirá incansablemente a lo largo de todos sus escritos.

Pero ahora se le abría una tierra incógnita o un mar desconocido. Si la zona inferior del campo intencional tenía una contextura objetiva, con todo lo que ello comportaba: operaciones intersubjetivas, esquicios hyléticos, significaciones direccionales, kinestesis asociadas, síntesis trascendentes... ¿qué ocurrirá en la zona “superior” del campo? Vamos a encontrar aquí a un Husserl desconocido, de una inmensa osadía intelectual. En la tercera parte de un curso que impartió en el semestre de invierno de 1904/1905, con el título neutro de *Partes principales de la fenomenología y la teoría del conocimiento*, se sacó de la manga, de un tirón, aunque con inevitables vacilaciones, toda una teoría sobre la estructura “intencional” y “kinestésica” de la zona “superior” de nuestro campo dual. Denominó a esta zona con el término, seguramente no muy afortunado, de *Phantasie* (*phantasía*), con el significado de “aparición originaria”. En el volumen XXIII de la *Husserliana*, de 1980, tenemos las 52 lecciones del curso, donde, contraponiendo la *phantasía* y la imagen, y armado con el recurso de lo que llamó *modalización*, indagó este misterioso territorio “intencional” originario, situado en el inconsciente fenomenológico, es decir, en una “degenerada” correlación intencional, donde la subjetividad no es todavía un *ego* y donde las síntesis no poseen todavía identidad.

Hay, en la fenomenología contemporánea, toda una corriente que piensa que se debe desposeer a este “nuevo mundo” del carácter de intencionalidad. Yo creo, por el contrario, que es la ocasión para “ampliar”, profundizando, la idea de intencionalidad. La razón es la siguiente. Una correlación intencional se establece cuando una subjetividad corpórea (kinestésica) opera sobre unos contenidos (en principio hyléticos) para dar lugar a síntesis con una cierta trascendencia. Pues bien, en este territorio nuevo denominado de la *phantasía*, se siguen dando las condiciones mínimas definitorias de la intencionalidad. Sigue habiendo operaciones de una subjetividad corpórea, aunque sólo sean *transoperaciones* de una comunidad de singulares no egoicos en *interfactividad*. Sigue habiendo síntesis trascendentes, aunque tales síntesis no tengan identidad alguna y sean meramente esquemáticas. Y sigue habiendo contenidos hyléticos que, sorprendentemente, *son los mismos contenidos hyléticos* que en el resto de las correlaciones intencionales conocidas

Evidentemente la exploración de este territorio, la zona “superior” de nuestro campo dual, un territorio del que no hay conciencia explícita, es arriesgada. Husserl fue capaz, sin embargo, de establecer tempranamente el marco general de esta zona difusa que calificó de

proteica. Estableció un límite en la investigación, sosteniendo que, en el territorio de la *phantasia*, “no hay variables ocultas”, pero que, sin embargo, hay en él conocimientos verdaderos. La razón está en que, en la *phantasia*, se producen auténticas síntesis distinguibles, aunque no posean identidad. Lo que trastorna todo el dispositivo usual de investigación, acostumbrado a que siempre tenga que haber variables a las que todavía no se ha llegado, y que parte de conocimientos sólidamente establecidos con identidad. Este dispositivo de “aproximación”, válido en la zona inferior objetiva, deja de serlo en la zona superior “originaria”. Es otro mundo. Husserl trabaja con un auxiliar que, más tarde, se revelará falso: es lo que llamó “modificación”. Lo que se da en la *phantasia* resultará de *modificar* lo que se da en territorios conocidos, descontando el factor de la posicionalidad. Por ejemplo, lo que resulte del recuerdo cuando se elimine su componente de posición, de efectividad real, será *phantasia*. O también, si descontamos, en la apercepción objetiva, que es directa (no imaginamos la realidad duplicándola falsamente), lo que tiene de posicionalidad, será una aparición de *phantasías*, también dadas directamente, no imaginadas.

El marco al que llegó Husserl para delimitar el carácter de esta zona superior del campo dual, zona *proteica* pero *originaria*, en la que se juega la suerte del campo dual entero puede resumirse en los siguientes seis puntos:

1. El subcampo superior de la *phantasia* está *enteramente separado* del subcampo inferior de la objetividad. En consecuencia, no caben conflictos entre ellos; simplemente tienen un régimen distinto. Todo lo más pudiera decirse que el conflicto entre ellos es “global”, si se considerasen como entidades enteras, lo que no tiene mucho sentido. Cualquier conflicto parcial sería simplemente alucinatorio.
2. Tal separación se hace evidente porque la *phantasia* es un subcampo sin unidad. Carece del encadenamiento objetivo del territorio práctico, donde los objetos se van apareciendo sucesivamente en un juego de enlaces unitarios.
3. Como consecuencia de esta quiebra del encadenamiento objetivo, lo que aparece en la *phantasia* se da de modo *proteico*, discontinuo, fugaz, variable...
4. Sin embargo, esto que se da en la *phantasia* lo hace de modo *directo*. No hay una correlación intencional duplicada como en la imaginación; no es un subcampo imaginario. Es esta una condición estructural sorprendente, que reconoce un paralelo extraño entre los subcampos distantes de lo objetivo y lo fantástico.

5. Hay otro rasgo que relaciona estas dos zonas tan distantes: en ambas las *sensaciones* son las mismas. Es decir, las sensaciones hyléticas, los esquicios de la percepción de objetos son los mismos que los *phantásmata*, las sensaciones de la *phantasía*, sólo que se dan de otra manera. Y sabemos que los *phantásmata* van asociados a las correspondientes kinestesias de *phantasía*.
6. Este otro modo de darse (y este es un rasgo diferencial decisivo) viene de la diversa *temporalidad* que rige en ambos subcampos. En la zona inferior de la intencionalidad objetiva se dan los objetos en un *presente*. En la *phantasía* falta por completo la relación con el presente. Lo que aparece no lo hace en un presente temporal.

Estos seis puntos definen, según el curso husserliano de 1905, el marco conceptual de este extraño territorio del que no tenemos percepción porque es rigurosamente inconsciente. Curiosamente, Husserl no se atuvo siempre a este planteamiento verdaderamente genial, aunque desconcertante. ¿Cómo concebir un tipo de correlación “intencional” tan extraño en el que no hay operaciones en sentido estricto, porque no hay sujetos con un *ego* ni un *tú*, sino tan sólo una comunidad de singulares en *interfactividad*? ¿Cómo puede darse una correlación “intencional” en la que lo que se produce no tiene identidad, lo que implica que aparecen meras síntesis esquemáticas, dotadas, sin embargo, de una cierta trascendencia? ¿Cómo admitir que las sensaciones que se dan en esta *phantasía* sean las mismas que las sensaciones habituales?

La respuesta a estas paradojas sólo puede formularse admitiendo más paradojas aparentes.

Primera paradoja: el territorio “superior” denominado de la *phantasía* es una zona originaria porque, precisamente, es ahí donde *se está haciendo* el campo intencional. Y no sólo *se hace* ahí toda posible correlación intencional, sino que, por ello mismo, es ahí donde se hace la temporalidad, se hace la espacialidad, se hace toda posible subjetividad operatoria, y se hace toda posible síntesis de algo trascendente.

Segunda paradoja: en la *phantasía* no hay temporalidad porque hay un proceso de temporalización. No hay espacialidad sino sólo espacialización. No hay significatividad sino un proceso del hacerse del sentido, el sentido de lo que precisamente es humano.

En resumen, en la *phantasía*, al hacerse el campo intencional, conexionando sensaciones de *phantasía* y sensaciones kinestésicas de *phantasía*, se está haciendo lo que entendemos como *lo humano*.

Si hacemos un alto en nuestra exploración del campo dual, vemos cómo, en una primera fase, el campo puramente intencional, inerte pese a su orientación vectorial, se aúna con la energía del campo kinestésico, dando lugar a correlaciones intencionales efectivas verdaderamente funcionales. En una segunda fase, el campo queda de nuevo dividido en una zona superior, la *phantasía* que, en rigor, más que una zona del campo dual es la zona donde el campo dual de las correlaciones intencionales funcionales se hace; y una zona inferior de correlaciones intencionales objetivadas. El territorio originario está separado y a enorme distancia del territorio familiar inferior de la intencionalidad objetiva, la zona privilegiada por Husserl, de la apercepción de objetos. Precisamente, al aunarse el campo dual, se producen correlaciones funcionales dispares que escinden el campo kinestésico intencional en dos regiones absolutamente separadas. Tal separación, efectiva so pena de alucinación, obligó a Husserl a diseñar una zona de intermediación que enlazase la *phantasía* y la objetividad. Este mecanismo de intermediación recibió la denominación de *fantasía perceptiva*.

Las fantasías perceptivas no son, según esta propuesta, fantasías puras, sin identidad, meramente esquemáticas, sino fantasías percibidas que conforman verdaderas síntesis de identidad. La noción de fantasía perceptiva de apariencia verdaderamente oximórica revela la capacidad analítica de Husserl, el potencial de la noción de intencionalidad, una vez que se ha dissociado de la eidética. Mientras que en la filosofía clásica, de dominancia eidética, las verdades son síntesis de identidad que recubren operaciones sintéticas; en el análisis intencional, se distinguen, por una parte, síntesis que carecen de identidad (los esquematismos de la *phantasía*), por otra parte, síntesis objetivas con identidad (en la percepción de objetos) y, finalmente, como mediadoras, síntesis de identidad no objetivas.

Estas extrañas síntesis, que no son objetivas pero que pueden ser identificadas, son las fantasías perceptivas. Husserl las encontró en el arte, puesto que la actividad artística es una típica actividad humana de intermediación entre el reino de la praxis objetiva y el reino de la *phantasía* originaria, pero evidentemente no se reducen a las obras de arte. Las fantasías perceptivas constituyen la estructura básica de la zona horizontal de intermediación del campo dual funcional. Hay pues *funcionales de intermediación*, correlaciones intencionales funcionales de intermediación, constituidas por fantasías perceptivas que unifican la

conciencia corpórea operativa, ascendiendo hasta el territorio transposable de la *phantasia* y descendiendo hasta el territorio posible de la objetividad. Las fantasías perceptivas constituyen el núcleo de la conciencia corpórea. Concilian los extremos separados sin caer en la alucinación. Por el lado subjetivo operatorio, gozan de la “libertad kinestésica” de la *phantasia*, donde, como sabemos, el nexo asociativo de las sensaciones de exposición y las sensaciones kinestésicas es laxo y flexible. Y, por el lado de las síntesis, gracias a su *identidad*, se aproximan al lugar donde la asociación de motivaciones kinestésicas y datos de sensación está irremediablemente fijada.

Dicho de otro modo, la libertad kinestésica de la *phantasia* ha quedado restringida, en esta zona de intermediación, por *hábitos kinestésicos* que encauzan la vida operatoria. Son kinestesias en forma de hábitos, identificadas y sedimentadas como hábitos y que gozan del acceso a la libertad kinestésica en el mundo libre de lo transposable, de lo no disponible, y del acceso al mundo de la praxis objetiva, definitivamente encauzada. El hiato o abismo insalvable entre la *phantasia* y la objetividad intencional queda, así, salvado. La indagación de esta zona de intermediación, constituida por fantasías perceptivas, es una de las tareas actuales de la fenomenología. Es un mundo de hábitos kinestésicos cuyo ejemplo más claro es el de los “signos lingüísticos”.

Un signo lingüístico, más que una señal con estructura simbólica, es precisamente un *hábito kinestésico*, una fantasía perceptiva de la que disponemos (puesto que posee identidad) pero con la flexibilidad de lo que todavía no ha accedido a su manifestación física, hablada o escrita. Pensamos pulsando las teclas de *signos de lenguaje* que son kinestesias habituales, capaces de *expresar* los arcanos del sentido que se hace en la *phantasia* sin las exigencias estrictas de la segunda expresión material. Los signos lingüísticos como fantasías perceptivas oscilan entre la laxitud del sentido y la coerción de la significación presta a incorporar las identificaciones eidéticas. Constituyen el discurso interior, que no es sino un transcurso relativamente libre, motivado, en tanto que encadenamiento de hábitos kinestésicos ligados a signos. Ello significa que este *monólogo interior* de fantasías perceptivas en tanto que hábitos kinestésicos *se mantiene o retiene* sin pasar al acto, es decir, sin la temporalidad de presentes propia de la temporalidad objetiva. La temporalidad propia de esta zona intermedia de fantasías perceptivas del campo es una temporalidad de *mera sucesión*, sin la tiranía del presente objetivo, pero sin las angustias de la irreversibilidad que se gestiona en la *phantasia*.

Por último, la existencia de esta zona de correlaciones intencionales funcionales de intermediación muestra el dispositivo auxiliar utilizado por Husserl en su investigación, la llamada *modificación*. La elaboración de funcionales a partir del funcional privilegiado de la percepción, era innecesario. Hay más bien un mecanismo descendente de *transposición* por el que se pasa de las correlaciones intencionales originarias del territorio de la *phantasia* pura a las correlaciones intencionales como hábitos kinestésicos funcionales de la zona de intermediación y, finalmente, a las correlaciones intencionales funcionales, donde las kinestesis objetivas están definitivamente anudadas con las sensaciones hyléticas o esquicios.

Llegamos, así, al misterioso núcleo donde se articula la dualidad del campo intencional. El hecho es que la *subjetividad constituyente* a la que conduce la reducción fenomenológica al poner en cuarentena toda trascendencia naturalmente dada se asocia, primero, a unas sensaciones o impresiones que parecen puramente cualitativas, pero que insinúan una extensionalidad que podríamos llamar preempírica y asocia luego, de nuevo, estas sensaciones expositivas (*darstellende*) con unas sensaciones kinestésicas que acaban constituyendo la propia subjetividad. De este modo extraño, se cierra el campo dual sin que intervengan para nada mecanismos eidéticos.

Ni la “subjetividad absoluta” es un *eidós ego* en una comunidad eidética de corte leibniziano que, a veces Husserl insinuó, ni las síntesis necesitan ser apuntaladas eidéticamente, ni lo hylético puede ser considerado inmanente, cosa que haría imposible cualquier tipo de trascendencia.

La disociación de eidética e intencionalidad queda ahora claramente manifiesta porque, en el territorio superior del campo dual, no hay eidética posible. No cabe lo eidético ahí donde se hacen las conexiones fácticas originarias entre sensaciones hyléticas y sensaciones kinestésicas, ahí donde se establece la originaria intersubjetividad que, en rigor, es una inter-facticidad, y ahí donde se originan los primeros intentos de síntesis trascendentes todavía sin identidad. No se dan en la zona originaria los supuestos sobre los que pueda iniciarse una variación eidética.

Como se puede ver, el campo dual kinestésico intencional, exento de eidética, se escalona en niveles de correlación intencional precisamente porque no es un campo dual simétrico, conjugado conmutativamente, sino que la mitad kinestésica motivante impone sus condiciones a la mitad puramente intencional, y eso es lo que convierte las iniciales

correlaciones intencionales, con dirección pero inertes, en verdaderas correlaciones intencionales con función, en *correlaciones funcionales*. De este modo, el análisis intencional clásico se convierte en un verdadero *análisis funcional*.

No es sorprendente entonces que la fenomenología se aproxime, incluso terminológicamente, a los últimos desarrollos científicos. *Análisis funcional* es el término que se ha impuesto en las matemáticas del s. XX para unificar múltiples desarrollos matemáticos que parecían inconexos y es, además, el aparato matemático que utiliza el último desarrollo de la física teórica: la física cuántica. Lo que fue el cálculo diferencial e integral para el desarrollo de la física clásica en los ss. XVIII y XIX, lo está siendo el análisis funcional para la física actual.

Y la fenomenología coge, así también, el relevo de la filosofía clásica tradicional. Todo parte de una nueva concepción de las nociones de función y de integración. En las matemáticas se necesitaba ampliar la noción de función, todavía muy estricta y que no admitía casos que parecían evidentemente funcionales. Fue un matemático francés, Henri Lebesgue, quien planteó una estratagema para superar tal *impasse*. Propuso simplemente cambiar el dominio de definición de la función que clásicamente se adjudicaba al eje de abscisas por el dominio de valores de la función situado en el eje de ordenadas. Con este “truco” tan simple las funciones se ampliaban, se permitía, sin restricción, el paso al límite, y se abrían los espacios funcionales. En el análisis funcional, son las propias funciones del campo, que ahora se llaman autofunciones, las que aparecen como resultado de un operador lineal que actúa sobre el campo.

Del mismo modo, en la fenomenología, cuando las correlaciones intencionales se enriquecen kinestésicamente en el campo dual como funciones intencionales efectivas, es el propio campo dual el que se organiza en registros y niveles, no por modificaciones de un supuesto nivel privilegiado, el nivel clásico objetivo de la percepción de objetos, sino por la autoorganización operativa del campo a partir del territorio de la *phantasia*, donde el propio campo intencional *se hace*. Y este *hacerse* del campo dual intencional no es sino la primera conexión, de hecho, más o menos laxa, entre sensaciones hyléticas originarias y las primeras kinestesias que todavía no son sino kinestesias de *phantasia*, kinestesias del cuerpo interno (*Leib*).

La autonomía del campo dual intencional-kinestésico permite, así, un *análisis funcional* de su estructura de correlaciones operatorias sin el apoyo de la eidética. Es lo que,

en otro lugar, he llamado *estromatología*. La intencionalidad no necesita organización científica, ni siquiera eidética, para explicar el campo descubierto mediante una simple *descripción* de lo que, en él, se da originariamente.

Hay también un sorprendente paralelismo entre lo que hace la fenomenología al plantear un campo dual intencional *con predominio del componente kinestésico* y lo que hizo la física cuántica cuando se desligó de los planteamientos clásicos.

Resumiendo una cuestión más sutil que compleja, podemos decir que el mismo enfrentamiento entre las dos partes del campo dual, lo intencional y lo kinestésico, y la misma solución por imposición de lo kinestésico que se dio en la fenomenología, se produjo también en la física. En vez de *correlación intencional* tenemos, en la física, *vectores de estado*, y, en lugar de *kinestesias*, tenemos, en la física, *observables* cuya *energía* podemos medir. El vector de estado nos dice todo lo cognoscible en esta escala fina en la que ahora trabaja la física y se supone que esto es todo, que no hay variables ocultas, pero que esos vectores de estado son claramente distinguibles entre sí aunque no posean identidad. Estamos en un *impasse*, como en la fenomenología. Frente a frente *vectores de estado* inertes, a los que no se puede hacer funcionar (evolucionar en el tiempo) y *observables*, que sí se pueden medir en sus niveles de energía (“kinestésicos”). Lo que hizo Schrödinger con su ecuación fue también una especie de “trampa”: *proyectar* (o expandir) *los vectores de estado en términos de los niveles de energía que ahora se toman como base...* y someterlos al tiempo. Y la ecuación funcionó. Es exactamente lo mismo que hace el fenomenólogo cuando pone en movimiento las correlaciones intencionales inertes, *proyectándolas* (o desarrollándolas) en los términos de la otra mitad, la energética, del campo dual, la mitad kinestésica, que los físicos llamarán *hamiltoniana*.

Como puede apreciarse, la fenomenología no es una especulación inútil de académicos ociosos y nostálgicos amparados en el prestigio de filósofos antecesores, sino un pensamiento vivo en connivencia con los más novedosos desarrollos científicos a los que inspira y por los que es estimulada.

Post-scriptum

A la luz de los desarrollos de la física cuántica, se puede confirmar la tesis fenomenológica de la disociación entre eidética e intencionalidad y la no pertinencia de la eidética en el análisis del campo dual intencional.

En la física se descubrió que, si se admitía la divisibilidad *in infinitum* de la energía (infinito no enumerable de la eidética), si todo valor de energía, sin un mínimo, era posible... la materia era inestable. En la fenomenología se descubrió que, si se admitía la divisibilidad *in infinitum* de la energía kinestésica (infinito no enumerable de la eidética), las sensaciones kinestésicas no eran identificables ni podían asociarse a las sensaciones hyléticas para anudar el campo intencional.

En ambos casos, bastaba el infinito enumerable no eidético, bastaba lo intencional. Ni el espectro de energías físicas, ni el espectro kinestésico forman un conjunto denso (que pueda tomar cualquier valor), sino que basta la discriminación última de lo cuántico y de lo intencional. Con el predominio eidético, la física clásica quedaba “atascada” y, con el mismo predominio eidético, la fenomenología no superaba el naturalismo. Y, tanto en la física como en la fenomenología, la dificultad radicaba en articular lo intencional (los vectores de estado) con lo kinestésico (la medición de energía de lo observable).

Lo que parecían “trucos” en Lebesgue y en Schrödinger es, en la fenomenología, el cambio de la explicación por la descripción (en lo originario).